

ROSETTA STELLA

Un auténtico temor de Dios*

Hay hoy día muchas prácticas que tratan de contar que es posible ser «creyente» en sintonía con nuestro tiempo. Y que, de maneras más o menos fieles, intentan decir que lo son, aunque distanciándose de las tradiciones dominantes que los círculos mediáticos favorecen, e intentando revitalizar un sentimiento genuino de la fe, que requeriría ser declinado con palabras distintas de las que se suelen usar.

De entre ellas, se experimentan sobre todo algunas, por ejemplo, «interioridad», pero también espiritualidad, frecuentemente entendida como búsqueda de algo vagamente trascendente que, simplificando, es sintentizado como «lo Divino».

Esto no significa que se estén buscando modos más laxos en disciplina o en rigor; más bien, con frecuencia estas prácticas requieren un gran espíritu de sacrificio y un constante trabajo de disciplinamiento, pero dan la impresión de estar más en sintonía con la complejidad de los tiempos que vivimos y más dispuestas a dejarse contaminar por otras tradiciones. En resumen, más modernas y tolerantes.

* Publicado en A. Buttarelli, F. Giardini, eds., *Il pensiero dell'esperienza*. Milán: Baldini Castoldi Dalai, 2008. Traducido del italiano por María-Milagros Rivera Garretas.

También el hecho de haber titulado esta sección del Simposio con la palabra DIVINO, me imagino que ha querido significar un acercamiento a estas nuevas experiencias que, a menudo, tienen mujeres como protagonistas, y que resultan vistosas sobre todo en nuestro Occidente.

Pero yo me pregunto: ¿por qué usar «divino» y no simplemente «Dios»? «Divino» es una palabra que parece que se postule como un buen puerto, lo sé. Parece mejor porque deja un respiro, un estar más fluido. Y, sobre todo, permite salir de las casillas en las que ha sido circunscrito el Dios patriarcal. Al menos en apariencia, en tanto que basta para dejar que pase otra cosa, y para atribuirle al patriarcado todo el mal que ha derivado de ese encasillamiento.

También a mí me tienta mucho oscilar entre las dos palabras. Pero, al final, sigo apegada a Dios.

Obviamente, entiendo muy bien por qué es más fácil describir una experiencia hablando de contacto con lo divino que con Dios. No hay nada más difícil que relatar una experiencia en su verdad. Ni siquiera haciendo de ella una banal instantánea se consigue jamás decirla del todo. Por eso se buscan palabras cuyo mensaje sea más inmediato.

Pero, a la vez, denuncio que la palabra divino me resulta equivocada para el discurrir que, con otras, voy haciendo sobre la conexión concreta entre la diferencia femenina y Dios, entendido no solo como objeto de fe sino también como significante del modo en el que los seres humanos hacemos mundo.

Declaro ya que mi modo de pensar está todo dentro del horizonte cristiano, el cual es el «humus» difícilmente reemplazable de mi ser una persona occidental. Y de este «humus» -¿por qué negarlo?- mi ser extrae alimento no solo cultural.

Lo que me apremia, pues, de modo particular es cómo ser hoy una mujer de Occidente, qué puedo decir o hacer para ampliar, o reducir si es el caso, las mallas de una medida que se regule de un modo que ni domine ni oprima.

A esto me ayuda más la palabra «Dios» que la palabra «divino». Porque la irreducibilidad de Dios a toda adjetivación humana me permite redimensionar cualquier construcción del pensamiento, incluido ciertamente el pensamiento masculino.

Para no caer en la maldición bíblica que recita: «tu marido te dominará», las mujeres de hoy, que sabiamente aman la libertad femenina, pueden verse tentadas a excluir de su lenguaje la palabra Dios con el fin de no caer en la trampa vislumbrada por Mary Daly cuando afirmó: «Si Dios es varón, entonces el varón es Dios». Pero ¿es pensable un dar la espalda al automatismo de este axioma limitándose a sustituir la palabra «Dios»? ¿Creyendo esquivar así el engaño de poner a un hombre en el lugar de Dios? ¿Y dejando que los hombres sigan ocupando ese lugar impunemente, dado que las mujeres, después de haberles puesto ahí, ya no se molestan en quitarles, dado que han cambiado el objeto de su pasión?

Porque no es verdad que diciendo «divino» se pueda, de un solo golpe, desposeer al hombre del exclusivo lugar de Dios y ensanchar la malla para poder decir también la femenina divinidad.

Sería mejor, más bien, ocuparse de recolocar a Dios en su sitio, en un sitio no ocupable por una criatura humana, ya sea de carne o de lógica. A mí me interesa más esto, y pienso, en realidad, que la palabra «Dios» es la única que me permite decir mi divinidad sin decir automáticamente que yo soy Dios. Con mayor razón, precisamente porque no corro el riesgo, dada la milenaria devaluación que me afecta, de ser puesta en el lugar de Dios por los hombres, puedo dar cuenta de una mayor cercanía mía a Dios, sin necesidad ni miedo ni tentación de caer en la trampa de llamarme Dios en su lugar. No estoy ni siquiera obligada a temer este riesgo, por lo que puedo mostrar mejor y más libremente la ligereza de un auténtico temor de Dios en sentido dialógico y relacional, y no en ese de una identificación en imágenes superpuestas.

No es que esto le sea vedado a un hombre; tendría más bien que dejar de dejarse cautivar por la vanidad de aquella otra operación.

Entonces sí que Dios -y mucho pensamiento místico, no por casualidad sobre todo femenino, nos muestra que es posible y verdadero- viene a ser Palabra de síntesis completa entre sujetos hablantes, ambos plenamente libres en el amor que les lleva a hablarse, y Palabra que simultáneamente nombra perfectamente, en una sola alocución, tanto a los Amantes (Dios mismo y su criatura, y las criaturas entre sí) como al Amor que a un tiempo les ata y les libera.

Dios está en el hecho del deseo de Serlo dondequiera que este deseo se manifieste. Y está en la relación entre las almas -pienso en las Almas Simples de Margarita Porete- que se reconocen unas a otras por el deseo de Dios.

Esto es suficiente para que se pueda estar, con Dios, en todo lo que todavía no es pero podría ser. Porque Dios está cómodo precisamente en la infinita posibilidad de ser.

Y las criaturas humanas, mujeres y hombres, no tendrían que hacer mas que significar el mundo como un dejar que Dios las haga ser seres humanos en el transcurso infinito de la obra de su volverse plenamente humanos.

En el debate actual entre algunas teólogas feministas -pienso, por ejemplo, en algunas agudas observaciones de Elizabeth Green recientemente planteadas en un encuentro nacional organizado en Italia por las mujeres de las Comunidades de base- se preguntan, con diferencias de matiz aunque importantes, si Dios debería seguir situado en el centro del obrar humano o, más bien, si el «Yo Soy» no tendría que irse desplazando por sí solo a los márgenes para facilitar un modo de decirlo en femenino.

Yo pienso, mejor, necesito, que sea, y deprisa, recolocado en el centro del dar significado a lo que ocurre y nos ocurre. Sobre todo hoy, cuando en Occidente, y no solo, una parte de una cierta y malentendida modernidad que se siente asediada por los fundamentalismos religiosos, querría exiliarle a lo privado de los «creyentes militantes» y de sus jefes institucionales, como si fuera algo optativo cuya gestión es privilegio de quien lo nombra a

cada paso y lo reconduce por la fuerza, como bandera y garantía de sus propios beneficios políticos y de poder.

Pero ¿a qué centro? Como laica que soy por estatuto sexual, e incluso como no creyente, si con este término se quiere aludir solo a quien pertenece a una determinada tradición religiosa, no consiento que a Dios se le deje -admitiendo que dios no sepa soltarse solo- en manos de quien -de buena fe ¡faltaría más!- lo juega todo dentro de su propio y específico credo.

Dios merece ser empujado más allá.

No ya más allá de mí, minúsculo corazón y mente humana, sino más allá siempre y en cualquier caso del punto de intersección y contacto entre mí y Dios en esa espiral de eterno movimiento de amor iluminante que nos quema, al unísono, a Dios y a mí.

Pues si, por un instante, abandonamos la fascinante y fecunda figura del círculo con su centro y su margen, y nos detenemos en la figura de una espiral en movimiento, vemos que la energía que la mueve está toda cargada tanto en la estructura como en el vacío de su interior sobre una única línea que a un tiempo la recorre y la impulsa. Si luego imaginamos que nos zambullimos en ella, ocurre que la misma sustancia nos invade hasta hacernos, con Dios, motriz y cuerpo movido.

Y aquí hay que preguntarse: ¿hay diferencia si esto lo piensa una mujer o un hombre?

Sí la hay, porque la diferencia sexual se postula siempre como significativa cada vez que actúa el pensamiento humano.

Y el trabajo del pensamiento se debe orientar siempre a hacerla visible, sobre todo si se habla de Dios. Pero sobre todo una mujer debe abstenerse de construir un Dios todo interior, consolador y reparador del hecho de que, a lo largo de los siglos, los hombres hayan excluido a las mujeres para luego incluirlas forzosamente en su sistema.

Yo pienso que un Dios interior (o solo tal) no les lleva a las mujeres a ninguna parte. Exactamente como no lleva a ninguna parte la investigación teológica entera.

Como no lleva a ninguna parte esa búsqueda más política de la que hablaba antes, o sea esa sobre cómo estar, también hoy, en la «iglesia grande», habitada por las innumerables «almas simples» tan eficazmente evocadas por Margarita Porete no solo para su luminosa Edad Media, sin excluir -y ella no los excluía- a los prebendados de las, ahora tan numerosas, «iglesias pequeñas», o sea, los ministros de los varios cultos con sus más fieles creyentes. Esto porque -yo creo- de la iglesia grande formamos parte todos, pertenezcamos o no a las varias comunidades religiosas, los no creyentes y los llamados ateos o agnósticos, los jefes del Estado y de la Iglesia o las amas de casa, los ejecutivos o los temporeros sin un céntimo..., o sea todos, con tal de que seamos mujeres y hombres de buena voluntad.

Pienso que detrás de cada persona de buena voluntad se esconde nada más y nada menos que una de las almas simples de Margarita Porete. Por lo que, en el fondo, no se trataría mas que de activar el reconocimiento mutuo, para crear relaciones capaces de concretar la utopía del final de todo dominio de unos sobre otros.

Las experiencias culturales humanas ampliamente compartidas proporcionan una continuidad del ser en la especie humana, y la relación entre cambio y continuidad de la tradición es un modo de significar la unión y la separación entre las personas.

Una experiencia que hoy atrae especialmente es la llamada búsqueda espiritual que se siente más cómoda en la dimensión de lo divino que en la de Dios sin más. Con frecuencia, la palabra espiritualidad se adopta cuando se quiere expresar la necesidad de habitar el vacío para alcanzar la experiencia de Dios. Lo cual no sería erróneo en cuanto tal, si no fuera que este vacío, casi imperceptiblemente, acaba siendo colmado con el lleno de la propia satisfacción narcisista, la cual tiene, sí, valor humano, como compensación de la necesidad, pero aísla en el sentido de sí y no facilita la

relación con el mundo que se querría que fuera embebido por ese mismo sentimiento de Dios.

Además, se prefiere la palabra espiritualidad cuando se quiere marcar una distancia, si no un rechazo, de la religión, o sea, cuando se intenta no quedarse fuera de la relación con Dios, pero rechazando el sesgo patriarcal y de dominio de los hombres sobre las mujeres que frecuentemente caracteriza las religiones tradicionales.

Con la espiritualidad, yo tengo una relación conflictiva. En parte me resulta cómoda y la uso, en parte me inspira sospecha e intento evitarla.

Al mismo tiempo, se va haciendo más y más sitio en mi mente la palabra religiosidad. Esta palabra me ayuda a describir mejor el modo en el que se puede estar dentro del movimiento espiral del que he hablado antes. Y me permite no excluir la tradición, con toda la verdad de que también dispone, de la obra de su refundación.

Religiosidad es una palabra que voy repensando cada vez que ocurre que le doy sentido al modo en el que, por ejemplo, era religiosa mi madre. No puedo decir que ella fuera espiritual, pero religiosa lo era de una manera muy tradicional. Quizá a su pesar, estaba también atenta a una manera femenina de serlo. O sea, atenta a lo que vincula o, mejor, a lo que persistía del vínculo también cuando todos los nudos parecían disueltos.

Hoy, cuando veo cuántos nudos se han soltado irremisiblemente incluso en el sentir común, sobre todo los que ataban de modo asfixiante y patriarcal a la mujer con su destino de segunda y subalterna, más me enseña este modo suyo de ser fiel. Por eso no me da pena volver a poner a trabajar en el pensamiento y en la acción humana femenina esta palabra «religiosidad», precisamente partiendo del modo en que la practicaba mi madre. Esta palabra da cabida en ella a los cuerpos de las personas tal y como ellos están entrelazados en constante relación, mientras que la espiritualidad frecuentemente los excluye, prefiriendo el espíritu en contraposición con el cuerpo.

Pues la religiosidad no se da sin una comunidad de cuerpos que se miran, se reconocen y se respetan en la búsqueda de respuesta y de juicio.

Tal vez no se trate, pues, mas que de restituirles sentido a las figuras simbólicas que han trabajado para construir relación y que hoy han quedado despotenciadas por su uso abusivo en el ejercicio de poder. Quizá no se trate mas que de hacerles volver a su alma desestructuradora y revolucionaria, reconduciéndolas a una única finalidad de bien. Dejándose acunar en la entrega a su significado originario. O sea, fieles a lo más verdadero del deseo humano: la confianza en la certidumbre de que «todo acabará bien». Como nos enseñaría también a los seres humanos del tercer milenio, con una sonrisa, la inolvidable Juliana de Norwich.

Fecha de recepción del artículo: 20 de octubre de 2007. Fecha de aceptación: 20 de noviembre de 2007.

Palabras clave: Dios — Teología en lengua materna — Diferencia sexual — Religión — Divino.

Keywords: God — Theology in the mother's tongue — Sexual difference — Religion — The divine.